

HABÍA UNA VEZ UN HOMBRE QUE MURIÓ DE IRREALIDAD

Jorge Rivadeneyra A.

PROFESOR TITULAR - DOCTORADO EN CIENCIAS SOCIALES

Si Jorge Luis Borges hubiese intentado alcanzar algún título universitario, como por ejemplo el de doctor en ciencias sociales, seguramente le habrían "raspado" por la sencilla razón de que eligió el *método de la ficción* en vez de la objetividad científica, violando los principios de cualquier respetable universidad de los arrabales del capitalismo. Sin embargo, en honor a la verdad, cabe anotar, que sus ficciones producen cosquillas, muchas dudas, un enorme regocijo, e incluso deducciones más o menos similares a éstas: 1) La realidad es espesa como la lava de los volcanes, ésa que aún no se ha enfriado; 2) *Realidad espesa* no es lo contrario de *realidad fluida*; sólo quiere decir *ficción*, palabra que viene del verbo latino *figire*, es decir intento, casi siempre fallido, de imitar a lo real-concreto porque si se le bate en cualquier retorta, sin falta produce otro real-concreto; 3) Ficción también significa suposición cuando equivale a *ficta*, en cuyo caso funciona como si fuere medible y ocupara un lugar en el espacio, como ocurre con las ficciones jurídicas, por ejemplo la democracia, los derechos del hombre y el *pueblo soberan*; 4) Esas ficciones no son del estilo:

- *Los Nilones, últimos habitantes del universo, se habían refugiado en los confines de la galaxia Andrómeda, donde, de acuerdo al astrónomo Pablo Neruda, titilaban azules los astros a lo lejos. O,;*
- *El 11 de mayo de 1999, alguien golpeó la puerta con autoridad. Milagros atendió el llamado, y allí estaba el emperador Julio César con su atuendo de general romano. ¡Ave, César!, saludó ella y le invitó a pasar. Él respondió que tenía otros compromisos, y sólo había venido de pasada, para recordarle a Milagros que la vida no sólo es existencia sino un continuo cruzar del río Rubicón. Y cuando ya se iba, añadió: La suerte está echada, señora; tome nota que estamos en los Idus de Marzo.*

Nada de eso señoras y señores. Esas no son las ficciones de Borges. Objetivamente, él comienza en algún pueblo, cualquier ciudad de esas que constan en el mapa; en la biblioteca de Buenos Aires, o en los tantos libros leídos por él o por alguno de sus amigos, como ocurrió con Uqbar, país descubierto gracias a la siguiente cadena causal:

- Un espejo que tenía la cualidad monstruosa de multiplicar virtualmente a los hombres, como lo hacen todos los espejos. Algo así como lo que cantaba la maestra de nuestra infancia: "El patio de mi abuela/es muy

particular/cuando llueve se moja/como todos los demás". Bueno, el espejo ése, el de Borges, estaba situado al final del corredor de una quinta de la calle Gaona, del barrio Ramos Mejía por más señas. Ese barrio que se encuentra en cualesquiera de los mapas que antes regalaban en las estaciones de gasolina.

- Una enciclopedia llamada *The Anglo-American Cyclopaedia, New York, 1917*, tal como se debe anotar al final de cualquier trabajo serio de acuerdo a los metodólogos universitarios.

Meticuloso realismo, ¿eh? ¿O será naturalismo? Como quiera que se llame, se trata de sucesos cotidianos, lo cual quiere decir que hay caminatas digestivas, cenas y sobremesas con tipos tan conocidos con Bioy Casares, un inquieto investigador que ha leído, sin mucha atención, acerca de un lugar llamado Uqbar, que desgraciadamente no consta en la enciclopedia que se encuentra en la biblioteca de la quinta Gaona.

Pero la información ambigua de Bioy Casares ha producido su efecto. Y a causa del *impulso*, que en este caso adquirió la forma de la curiosidad, como hubiese dicho Sócrates, se produjo una especie de juego de *La Candelita*, un busca que te busca del famoso libro donde dizque se dice, según Bioy Casares, que "el universo visible es una ilusión". Vaya, algo semejante a eso de que el sol gira alrededor de la tierra, corroborado por los caldeos y babilonios, hasta que Galileo dijo, ¡falso de toda falsedad! *Los sentidos son engañosos, señor Ptolomeo*. ¿Así que el mundo visible es pura ilusión?, preguntaron los inquisidores, y como Galileo porfiaba que sí, por poco le quemaron en la hoguera los santos padres de la iglesia acusándolo de blasfemo.

Pese a la obstinada búsqueda, ni Borges ni Bioy Casares daban con la bendita enciclopedia, tomo XXVII, ni en la Biblioteca Nacional, ni en los atlas, ni en los portulanos ni en los relatos de viajeros famosos como Livingstone o Humboldt, y Bioy Casares dale que dale, que en el texto que leyó se hablaba de los ríos y montañas de Uqbar, incluso de sus calles, porque se trataba de un país situado probablemente en Asia Menor.

Como se sabe, muchas cadenas causales están construidas con puras casualidades; es así como, en este caso, el azar fue causa prima y causa final del famoso descubrimiento de Borges. Ocurrió de la manera que se relata enseguida: El señor Herbert Ashe, adolecía de irrealidad terminal hasta que dejó de existir, incapaz de resistir tanto peso. Sus amigos acompañaron al féretro, y cuando regresaron al bar donde el difunto se emborrachaba los sábados, llegó desde el Brasil un paquete sellado y certificado. Contenía un libro, y como acababan de enterrar al destinatario, le entregaron a uno de los dolientes, el señor Jorge Luis Borges. Tenía 1001 páginas escritas en inglés. Se llamaba *A First Encyclopaedia of*

Tlön, Vol. XI. En ese libro no se hablaba de un país sino de un planeta desconocido, con su arquitectura y sus barajas, sus pavorosas mitologías; con sus emperadores y el rumor del mar, de sus lenguas, de sus pájaros y peces.

Como ese ejemplar era el tomo XI, se deduce que habían por lo menos 10 anteriores y quién sabe cuántos posteriores. Es así que eminentes escritores latinoamericanos, como Alfonso Reyes, convertidos en detectives privados, examinaron de cabo a rabo bibliotecas de las tres Américas y de Europa, que es como decir del mundo. No obstante, la investigación exhaustiva fracasó, y Karl Popper, con espíritu altruista, tuvo que escribir "Conjeturas y Refutaciones", donde afirma que las conjeturas, gracias a su ambigüedad, son más fecundas que las hipótesis científicas. Guiados por esa suposición, a Borges y a sus amigos no les quedó más remedio que valerse de conjeturas acerca de ese *brave new world*, como la de que el tal planeta fue inventado por alguna sociedad secreta de astrónomos y otros profesionales, probablemente sin empleo, dirigidos por algún oscuro hombre de genio, puesto que a pesar de haber muchos científicos inteligentes, pocos son capaces de imaginar e inventar de acuerdo a un riguroso plan sistemático, incluyendo tigres transparentes y torres como la que posteriormente copió el ingeniero Eiffel.

Los cierto es que los habitantes australes de Tlön, de acuerdo al Tomo XI de la mencionada Enciclopedia, consideraban que el mundo es una serie heterogénea de objetos independientes, no espaciales, compuestos de caracteres visuales y auditivos. Su lenguaje carecía de sustantivos, y en vez de luna decían lunecer. En el hemisferio boreal, en cambio, desconocían los verbos y en su lugar usaban adjetivos monosilábicos, los cual les permitía convocar y disolver objetos, como en el planeta Tierra lo hacen inmemorialmente los poetas. Y Si los sustantivos se desvanecen, es comprensible que nadie crea en ellos ni en las cosas a las que nombran.

La cultura de Tlön se fundamenta únicamente en la psicología, a la que están subordinados todos los saberes a causa de que el universo está constituido por procesos mentales estrictamente temporales. Este monismo total invalida la ciencia, es decir que en ese planeta no hay ciencia, ni siquiera razonamiento. Gracias a ello, los metafísicos de Tlön no buscan la verdad, ni siquiera la verosimilitud, sino el asombro. Juzgan que la metafísica es una rama de la literatura fantástica.

¿Qué la *metafísica es una rama de la literatura fantástica*? Eso no lo dijeron los metafísicos de Tlön, sino los positivistas de la Escuela de Viena, anotó eruditamente Juan Nuño, y añadió en su libro "La Filosofía de Borges, como si se

excusara por la interrupción: “Lo que suele ser un lugar común en la filosofía, puede ser una novedad en lo narrativo”.

Superado el impase producido por Nuño, Borges sigue leyendo el libro *Llegado del Brasil* y encuentra que los metafísicos de Tlón saben que un sistema no es otra cosa que la subordinación de todos los aspectos del universo a uno cualquiera de ellos. Con esta teorización comienzan a desmoronarse los fundamentalismos cientificistas porque se está sugiriendo que pueden haber tantos sistemas como aspectos del universo. Esta suposición es corroborada más adelante, cuando se informa que en Tlón los libros invariablemente contienen la tesis y la antítesis, el riguroso pro y el contra de una doctrina. Se considera incompleto un libro que no lleve anexo su contralibro en el que se diga: *es falso todo lo afirmado en el libro anterior*. De ese modo no hay verdades congeladas en el refrigerador, ni ministerios que las administren.

El descubrimiento de semejantes afirmaciones produjo tal impacto que Thomas Khun se vio casi obligado a escribir “*La Estructura de las Revoluciones Científicas*”, donde dice cosas tan terribles como eso de que “la realidad es en última instancia incognoscible, y que cualquier intento por describirla oscurece tanto como ilumina”. Y no muy satisfecho con esa afirmación, añade: “los científicos nunca podrán comprender la verdad del mundo real”. Y después, como quien no quiere la cosa, dice: la física de Aristóteles no es menos buena que la de Newton, sino tan sólo distinta:

“El que la física moderna haya traído consigo la proliferación de los ordenadores, de la energía nuclear y de los compact discs no significa que sea más verdadera, en sentido absoluto, que la física de Aristóteles”.

Adicionalmente, Paul K. Feyerabend, inventor de la teoría anarquista del conocimiento, afirma que “la compulsión humana a encontrar verdades absolutas, por nobles que sean, desemboca muy a menudo en la tiranía”. Por ello, un sistema de educación realmente democrático debería ofrecer a los niños el mayor número de pensamientos distintos para que pudieran escoger libremente entre todos ellos. Y como si estuviese discutiendo con el Paulo Freire de la “*Pedagogía del Oprimido*”, dice que ninguna teoría proviene de algún obstáculo, sino de otras cosas, como una vida sexual satisfactoria.

Después de esta digresión, Borges, embelesado, lee que lee, encuentra que los *tlónenses* consideran que la única realidad del futuro es la esperanza, y que la realidad del pasado sólo es el recuerdo. También afirman que la vida es la escritura que produce un dios subalterno para entenderse con el demonio.

Como los admiradores incondicionales son más perjudiciales que los críticos, ubicándome en este segundo escalón, debo señalar que lamentablemente Borges incurre en el "pecado" del realismo y desde la página 24 de sus Ficciones (Círculo de Lectores, Barcelona, 1972), aclara que Tlön no existe sino en la mente de quienes le inventaron, habida cuenta de que la invención de quimeras es uno de los ejercicios del pensamiento lógico matemático de cualquier latinoamericano que se respete. Es por eso que en vez de crear un país a su imagen y semejanza, prefirieron inventar un planeta, y para darle verosimilitud, han escrito una enciclopedia. Ese mundo ilusorio se llama provisionalmente *Orbis Tertius*.

Lástima, porque las ficciones tienen el irrecuperable color de la ilusión.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Borges, Jorge Luis (1958), "Ficciones", Emecé Editores, Buenos Aires.

Kunh, Thomas (1992), "La Estructura de las Revoluciones Científicas", Fondo de Cultura Económica, Santa Fé de Bogotá.

Neruda, Pablo (1982), "Veinte Poemas de Amor y una canción Desesperada", Editores Mexicanos Unidos, México.

Popper, Karl (1974), "Conjeturas y Refutaciones", Fondo de Cultura Económica, London: Routledge and Kegan Paul.